

FRANCISCA SOLAR

Bluebells

Hyacinthoides non-scripta

I

23 de julio de 1834

Oficinas consulares, calle Esmeralda, Valparaíso

Laura Villa-Smith había entregado su carta de recomendación al joven secretario del cónsul francés hacía al menos cuarenta minutos. Veía al muchacho entrar y salir de oficinas conectadas por grandes puertas de vidrios biselados, frunciendo el ceño y agitando el papel en su mano con incomodidad, como si necesitase un diccionario para entenderlo. Cuchicheaba con otros dependientes y, después de un momento de silencio, regresaba al salón de espera para hacer a Laura las mismas dos preguntas cada vez. Luego volvía a perderse tras las puertas y los susurros. Era un funcionario chileno, no había duda por el sonsonete de su acento, pero también era indudable que provenía de alguna rica familia inmigrante con vacantes aseguradas en cualquier oficina de cooperación europea. Nadie tan inexperto podría ser secretario general del cónsul de Francia en el puerto de Valparaíso, el más importante de Chile, a menos que tuviese el apellido adecuado.

Y ahí venía otra vez.

—Entonces... —comenzó a reiterar, golpeando el papel con un nudillo y sin detenerse en el gesto cansado de Laura— aquí dice que usted es parte de la tripulación del HMS *Beagle*, el cual acaba de recalar...

—Así es.

—Parte de la tripulación *profesional*...

—Es correcto.

Observó nuevamente la carta, sin leerla realmente, y con la misma incredulidad la miró a ella sin pestañear, deslizando los ojos a través de su sombrero *poke* de paja trenzada, su sencillo vestido de lino grueso con pelerina y botas de puntas gastadas.

—¿Una mujer?

Ella suspiró y bajó los hombros, sin soltar su bolso de viaje.

—Tal como le he mencionado, en lo único que el cónsul debe reparar es en las firmas del capitán Robert Fitz-Roy, comandante de la Marina Real Británica, y del señor Charles Darwin, jefe de la expedición científica. Ambos describen con detalle mis servicios y el buen desempeño de mis habilidades. Tengo plena confianza en que tanto el cónsul como *monsieur* Gay sabrán valorar mi experiencia para algún puesto temporal.

El tipo realizó nuevamente ese gesto de desprecio que ya se había hecho hábito y volvió a una de las oficinas arrastrando los pies. Entonces Laura echó su cabeza hacia atrás, inspirando profundo para no caer derrotada ante tal desasosiego.

Miró hacia el sillón de la sala de espera, pero decidió no seguir ahí. Necesitaba respirar. Afuera, en el amplio pasillo que conectaba las oficinas consulares de Gran Bretaña, Prusia, Portugal y Francia, había un hermoso *bow-window* —muestra inequívoca de la influencia británica en la arquitectura local— y quería aprovechar la luz de la tarde. Estaba segura de que si el secretario necesitase preguntarle exactamente lo mismo por enésima vez, le tomaría treinta segundos encontrarla.

Salió y se sentó en una silla junto a la cornisa interna del ventanal. Desanudó la cinta bajo su mentón, se quitó el sombrero y cerró los ojos. Por las débiles notas cítricas que se inmiscuían en el aire limpio creyó identificar *Peumus boldus* en las cercanías. Era un árbol endémico chileno, por lo que jamás lo había visto más allá de las ilustraciones en el libro del abate Juan Ignacio Molina. ¿Será tan alto como lo describen? ¿Estaría la suerte a su favor para encontrar ejemplares macho y hembra? Especies dioicas como el boldo eran siempre atractivas de analizar y...

Sacudió la cabeza, a riesgo de que se desordenasen (aún más) los rizos en su coronilla. Tenía que enfocarse; ya habría tiempo para caminar por la campiña y corroborar su olfato. Debía recordar continuamente que no podía iniciar nuevos trabajos mientras tuviese otros pendientes, pero en cada puerto había algún nuevo arbusto, fruto o flor que los británicos conocían únicamente a través de añosos libros extranjeros y el análisis vivencial poseía un extraordinario nivel de seducción, difícil

de eludir. Ni qué decir si el universo les ponía en el camino una especie que no remitía a ningún taxón o basónimo antes declarado... Ese descubrimiento lograba transformar a serios científicos en niños con sonrisa de Navidad y, gracias a la expedición consentida por Su Majestad el rey William, Laura ya tenía dos o tres de esas experiencias en el cuerpo. Sentía electricidad en sus pies solo de recordarlo.

Abrió discretamente su bolso —manipular pertenencias femeninas en espacios públicos se consideraba de pésimo gusto, aunque ella desatendía el porqué de tanta alharaca— y extrajo su portafolio de papel de cáñamo forrado en cuero. Luego estiró su estuche de herramientas sobre la cornisa, un bulto también de cuero que, al desenrollarse, exhibía cada lápiz y pincel en su propio diminuto compartimento. Tamborileó sus dedos en el aire mientras observaba las tres tonalidades de verde de sus crayones Lemercier hasta que escogió uno. El más oscuro. Lo tomó por el borde de papel encerado —manipular un crayón *desnudo* dejaba manchones en la piel que no desaparecían en días— y se inclinó hacia la doble página abierta sobre su falda, donde una planta de hojas largas figuraba a medio pintar.

Laura se mordió un poco los labios al comenzar a deslizar el trozo aceitoso sobre el papel. Dibujar la llenaba de energía, pero colorear calmaba sus nervios. No quería mirar hacia la puerta del consulado francés cada dos minutos, como si toda su vida dependiese de ello... aunque, bueno, algo había de verdad en eso y se le revolvía el estómago al pensarlo.

El naturalista francés Claude Gay era su única salvación. Si él no la contrataba, la continuidad de Laura en el *Beagle* estaba en peligro.

Avecindado hace poco en Sudamérica y recientemente contratado por el Estado chileno, se le había encomendado investigar y elaborar una exhaustiva historia natural del país. Chile llevaba apenas un par de décadas armándose con mucha voluntad y pocos recursos, todavía con las esquirlas frescas de la guerra de independencia en su bandera libre, y en ese complejo proceso la asistencia extranjera era ineludible, sobre todo de profesionales de cierta especificidad, que escaseaban en esta parte del continente. Británicos, franceses y prusianos eran los

más convocados, la mayoría en labores de ingeniería, medicina y comercio, pero también hubo espacio para naturalistas. Era una suerte que en una república tan joven sus autoridades comprendiesen la necesidad de conocer científicamente su extenso territorio, y por razones tan diversas como registrar las distintas zonas climáticas, producir mapas medianamente certeros o conducir estudios geológicos que les permitiesen hacer un uso más eficiente de los minerales. Asimismo, se requería la descripción y categorización de cada animal nativo, cada vegetal endémico, cada flor... empresa para la que *monsieur* Gay precisaría de muchos ayudantes. Entre ellos, una ilustradora botánica trilingüe sería especialmente valiosa, o al menos esa era la apuesta del naturalista británico Charles Darwin, jefe directo de Laura en el HMS *Beagle*.

Antes de que se despidiesen y separasen en el muelle fiscal —Darwin comenzaría una anhelada expedición por tierra hasta Mendoza, acompañado solamente de uno de sus asistentes, esperando regresar para fines de octubre—, él había advertido a Laura que dar con el paradero de Gay no sería el verdadero desafío. Estaba optimista respecto de aquello, ya que le constaba que el francés estaría en las cercanías de Valparaíso para esas fechas. Lograr el cometido tendría, según Darwin, otros tres más grandes escollos: que Gay aceptara contratarla por un único lapso de tres meses, que aceptara pagarle la no módica suma de treinta libras esterlinas y, finalmente, que la aceptase en su equipo, aunque fuese mujer.

En su infinita generosidad y espíritu revolucionario, el señor Darwin listaba el “ser mujer” como el último de los obstáculos. Bien sabía Laura que, en el mundo real, ese era, sin duda, el primero.

—Es una flor muy bonita —pronunció una voz dulce sobre su hombro.

Laura saltó del susto y casi se le escapó el crayón de las manos. Al voltear se encontró con una niña de unos diez años, de cabello castaño lacio, ojos muy azules y tez pálida, sonriéndole mientras balanceaba su vestido de tul y delantal rosa. Junto a ella, otra niña de idénticas características estiraba el cuello para husmear el portafolio.

—Lo es —respondió Laura, tensa por la aparición repentina, aunque logró esbozar una sonrisa cálida—, pero es una flor letal.

—¿Qué significa “letal”? —preguntó la otra, a todas luces hermana de la primera.

—Que si ingieras sus hojas, tallos o pétalos, podrías morir.

Sus gestos de asombro le recordaron a Laura cuánto le divertía la ingenuidad infantil, así como su curiosidad infinita, pero ese asombro pronto se transformó en rostros preocupados, hasta sombríos.

—Pero no se preocupen —añadió ella de inmediato—, pues a conejos, caballos y vacas en general no les apetece. Es una planta muy amarga. Se utiliza más bien en ceremonias indígenas. Hace unas semanas conocí a miembros de una tribu local, los aónikenk, quienes se especializan en la preparación de un concentrado de esta flor para un ritual muy interesante, el *Jamenke-kaañi*, el cual consiste en...

—¿Y usted ha dibujado todo eso? —la interrumpió la primera niña mientras apuntaba al portafolio, recuperando la tranquilidad después de escuchar ese “no se preocupen” e ignorando todo lo demás.

Laura archivó su magnífica historia sobre curanderos patagones en un cajón de su mente, suspiró y sonrió como si nada.

—Así es. Es mi oficio.

—Padre habría dicho que usted tiene *talento* —dijo su hermana modulando muy bien la última palabra, como si la hubiese aprendido hace poco—. A mí también me gustan sus dibujos.

—Muchas gracias —respondió Laura, sinceramente feliz por el reconocimiento espontáneo—. A mí me gusta tu lazo...

La niña llevó una mano a su cabeza, tocando su accesorio. Su acompañante llevaba uno igual.

—Nos hubiese gustado un color diferente.

—¿No les gusta el rosa?

—Sí, pero queríamos que fuese negro —explicó, encogéndose de hombros.

Laura demoró un segundo en asimilar.

—No es un color muy usual en la vestimenta infantil...

—Pero madre lo usa y a nosotras no se nos permite.

Les sonrió con los labios pegados, incómoda, como solía hacer cuando su mente iba más rápido que su capacidad de verborrea. Pensaba que hace un buen tiempo no se topaba con hermanas gemelas, un misterio hermoso de la reproducción humana. Esperaba que algún día se descubriera el mecanismo exacto por el cual ocurría tal milagro. También pensaba en cómo es que dos niñas tan evidentemente europeas hablaban castellano con la naturalidad de un sudamericano, y por cuál triste razón podrían querer vestirse de luto...

—*Filles, s'il vous plaît. Ne dérangez pas la dame.*

Una mujer muy alta se acercó a ellas con apremio. Su advertencia, aunque en francés, traslucía un marcado acento chileno. Laura adivinó cuál era su ocupación tan solo por el distintivo detalle de que llevara una ruidosa *châtelaine* al cinto. También usaba unas gafas de medialuna en la punta de la nariz, sujetadas por una cadenilla finísima que rodeaba su cuello. El cristal derecho tenía una fisura.

Con gran agilidad, Laura guardó el crayón, dejó su portafolio sobre la silla y reubicó su sombrero sobre sus rizos, aunque dejó sueltas las cintas de amarre.

—No me han molestado, no se preocupe —le aseguró Laura tras una breve reverencia.

La recién llegada hizo un gesto de sorpresa.

—¿Habla usted castellano?

—Igual que usted.

—Disculpe mi confusión... Creí verla salir del consulado francés. A este edificio suelen apersonarse únicamente extranjeros.

—Estoy en el edificio correcto, entonces —sonrió la joven—. Mi barco llegó hace apenas unas horas. Es mi primera vez en Valparaíso.

La chilena tensó las cejas.

—Discúlpeme otra vez, no logro descifrar su acento...

—Llevar mucho tiempo fuera de casa tiene consecuencias —bromeó—. Mi nombre es Laura Villa-Smith. Y usted es...

—Oh, por supuesto, qué descuido. Fontanarrosa, Marta Fontanarrosa —pronunció con un leve movimiento de cabeza

que no distinguía entre la culpa y una clásica reverencia. Luego se irguió entre las niñas y movió sus manos hacia ellas—. Le presento a lady Alisa y lady Fedora Rothschild.

Ellas tomaron las puntas de sus vestidos y se inclinaron. Laura les respondió con otra inclinación.

—Encantada de conocerlas.

—“Villa” —retomó la señora Fontanarrosa—. Es española, entonces.

—Padre español, madre inglesa —acotó Laura.

La sorpresa de la mujer pasó a expectación.

—¿Es usted ciudadana británica?

—Así es.

Laura notó en sus tres interlocutoras una creciente alegría y eso comenzaba a preocuparla. No estaba segura de si estaba frente a una amabilidad genuina o carantoña.

—¿De casualidad está usted buscando empleo?

—De hecho, sí —suspiró la ilustradora, recordando de golpe sus vicisitudes—. He venido al consulado justamente para intentar ubicar a...

Las niñas saltaron. La señora Fontanarrosa juntó las manos a la altura del pecho, como si hubiese recibido la mejor noticia del año. Laura no movió ni un músculo.

—¿No es magnífico? —exclamó la mujer con una mezcla improbable de ansiedad y alivio, ahora retrocediendo tres pasos para observar a la joven de arriba abajo con mayor detalle. No había mucha elegancia ni modernidad en su vestir, carecía de guantes o zapatos apropiados, pero al menos se veía aseada y ordenada—. ¿Ha sido instruida en algún conocimiento?

Por el tono utilizado, Laura entendió esa pregunta más bien como un ruego, y eso la dejó más confundida aún. Antes de que se animase a responder, Fedora apuntó al portafolio en la silla.

—Es una artista.

La señora Fontanarrosa observó desde lejos las páginas abiertas, que recibían de lleno la luz del atardecer. La ilustración sin terminar mostraba una flor rosácea en racimo al final de una rama con hojas opuestas, gruesas, de contorno lanceolado y color verde intenso, cada una con un nervio blanquecino bien marcado. En cada parte distintiva de la planta había un

número. Abajo, en una cuidada caligrafía cursiva, podía leerse “*Nerium oleander*”, y, a su lado, en manuscrita recta, “Adelfa”.

El entusiasmo crecía.

—¿Una artista? ¿O es usted científica?

—Soy ambas —respondió Laura, reticente, pero al mismo tiempo con gran curiosidad por haber atraído sin querer la atención de esa pequeña audiencia respecto de su trabajo—. Pertenezco al equipo naturalista a bordo del HMS *Beagle*. Hemos recorrido toda la costa chilena desde Tierra del Fuego.

No solía recibir esas muestras de interés de completos desconocidos, menos si iban acompañadas de alabanzas. Salvo su padre, no recordaba la última vez que alguien la había llamado “artista”. Muchas veces a través de los años había aceptado como norma las miradas displicentes de caballeros y damas, aludiendo a que el portafolio de una ilustradora no era digno de analizar. Incluso las personas comunes, aun viendo el despliegue de sus herramientas y en plena faena en campo abierto, no hacían preguntas; una mujer dibujando era un juego, un pasatiempo. Un hombre dibujando era un trabajo serio. Ese había sido el argumento oficial y frase literal de la Academia Real de las Artes en su última carta de rechazo.

Laura levantó el portafolio y lo acercó a la señora Fontanarrosa, dejando que ella pasara algunas páginas. Vio muestras variadas de hojas, tallos y frutos diseccionados con gran detalle, arbustos exóticos, intrincadas denominaciones en latín...

—Nunca había conocido a una mujer científica —confesó la chilena, con un tinte de admiración en su voz que enrojeció las mejillas de Laura en un segundo—. Debe de ser muy inteligente.

—Me honra, pero ¿qué es exactamente lo que...?

—¿Tiene alguna experiencia en trato con infantes?

—Ehh... Algo, sí, pero...

—Sin duda una mujer tan preparada como usted cuenta con algún respaldo, digamos, una carta o credencial de labor anterior...

—Sí, por supuesto, y ya la he presentado al cóns...

—Se desenvuelve muy bien en castellano, evidentemente en inglés, y he notado que comprendió a la perfección cuando

me dirigí a usted en francés. Fantásticamente adecuado. ¿Alguna otra lengua romance o germánica que domine?

—Ninguna otra —respondió, al tiempo que cerraba su portafolio y lo guardaba en su bolso de viaje—. Parte de la gracia de la ilustración es que no requiere dominio de lengua alguna para comprenderla. Está al alcance de la percepción de cualquiera. Difumina las fronteras de países y clases sociales entre las personas.

El tono de la joven se enserió un ápice, porque tanta verdad lo ameritaba. La chilena asintió y la miró con repentino aprecio.

—No veo anillo de compromiso, pero tampoco doncella que la acompañe. ¿Es usted casada?

Laura abrió la boca por la sorpresa y luego no pudo evitar una risita. Le parecía tan jocosa como improbable la imagen de una mujer como ella rodeada de pretendientes.

—No viajo con doncella pues ya no estoy en edad de necesitarla —dijo, sin revelar exactamente a qué edad se refería, pues su mandato interno de honestidad podía convivir con un poco de vanidad—. Sé cuidarme muy bien sola.

—¿Le apetecen las manzanas? —interrumpió Fedora, con el mentón alzado y sus grandes ojos azules expectantes a la respuesta—. ¿Y frutillas? En nuestra hacienda crecen las mejores de la región... Eso dice el señor Bahamondes...

—Frutillas... ajá, *Fragaria chiloensis*... Aún no he tenido el placer de...

—La señorita Villa-Smith es linda —concluyó Alisa dando pequeños saltos, aunque sin despegar realmente sus zapatos del piso—. ¡A madre le gustará!

La ilustradora pestañeó varias veces, escudriñando los rostros frente a sí, tratando de entender qué diablos estaba sucediendo. Hasta que no se contuvo más.

—Espero perdone mi atrevimiento, pero siento como si hubiese respondido a una entrevista.

La risueña ama de llaves oriunda de la localidad de Doñihue, Marta Eugenia Fontanarrosa, sonrió ampliamente.

—Exactamente. Eso es lo que hizo.

Laura no emitió sonido por algunos segundos, que se le hicieron eternos. El movimiento en las oficinas era mínimo y reinaba en el pasillo ese particular rumor casi imperceptible del oleaje de la costa pacífica a pocas cuadras.

¿Estaba siendo víctima de una broma? No podía ser.

—No entiendo. ¿Está ofreciéndome empleo? —moduló por fin, arrugando el entrecejo.

—Y espero, divina providencia mediante, que usted acepte —afirmó la chilena con ilusión. Antes de proseguir se dirigió a las niñas—. Alisa, Fedora, regresen por favor a la sala de espera. Su madre saldrá en cualquier momento de su cita y querrá verlas ahí.

—Sí, señora Fontanarrosa —dijeron al unísono—. Hasta pronto, señorita Villa-Smith —se inclinaron, y luego corrieron pasillo abajo hasta la puerta del consulado británico. Laura les sonrió de vuelta con alegría.

Holy Newton! Era su día de suerte...

—Es en extremo inusual encontrar a alguien que requiera de mis servicios —se ilusionó también Laura, retomando ansiosa la conversación y permitiéndose el entusiasmo—. La ilustración botánica es un oficio muy específico y no siempre se...

—No, no. No es eso lo que requiero de usted, o al menos no directamente —la detuvo la chilena con un evidente cambio de tono—. Quisiera ofrecerle un puesto de institutriz.

... pero nadie tiene *tanta* suerte.

—Oh —exhaló la joven británica, luchando con todas sus fuerzas para que su desencanto no fuese tan evidente. En cualquier caso, la señora Fontanarrosa estaba más concentrada en sus propios problemas. Había desaparecido hasta su sonrisa.

—Seré más enfática: estamos en la *urgente necesidad* de una institutriz y no hemos podido llenar la vacante —confesó, ya sin ocultar la angustia en su mirada—. Nuestra tutora anterior, la señora Díaz, ha renunciado hace poco y las niñas quedaron en desamparo. En esta familia se sale de una tragedia para entrar a otra.

—Creí comprender que alguien ha fallecido —dijo Laura, bajando la voz en señal de respeto.

—¿Cómo lo sabe?

—Las niñas mencionaron que deseaban vestir de negro como su madre.

La señora Fontanarrosa suspiró y asintió con la cabeza gacha.

—El barón Rothschild —confirmó, mirando de reojo sobre su hombro para asegurarse de que estaban solas—. Murió hace casi tres meses.

—Lo siento mucho...

—La neumonía se lo ha llevado —se persignó, triste—. Pérdida calamitosa. Aún nos cuesta creerlo. Ha sido muy duro para todos en la hacienda, en especial para la baronesa. Muy repentino. Era un hombre amado. No conocerá nunca persona más afable que lord Craig Rothschild.

—Mientras más amado, más difícil será poner fin al duelo —empatizó Laura. Ella, por experiencia propia, lo sabía mejor que nadie—. Esos vacíos son difíciles de llenar.

—No en este caso —le aseguró la chilena, con el mentón débil, pero buscando su mirada—. El nuevo barón ya está en camino.

Los títulos nobiliarios era todo un mundo paralelo que, en general, a Laura la tenía sin cuidado, pero debía aceptar que era un sistema maquiavélico y aceitado de escalafones para asegurar que nunca existiesen vacíos de poder en el mismo estrecho círculo de iguales. Poco importaba la persona tras la etiqueta. A rey muerto, rey puesto.

Imaginó la presión que sentía la señora Fontanarrosa por mantener todo andando y que no se notaran grietas en la administración de la casa. No había tiempo para detenerse a llorar.

—La población aquí en Valparaíso aún es pequeña y quizá por eso no han dado con el perfil adecuado...

—Me es imposible contratar a una educadora chilena, me temo.

Laura prefirió no preguntar por qué.

—¿Y ya consideró extender la búsqueda hacia la capital? —sugirió Laura, en un tono suave y cuasiinocente, pero que no pasaría inadvertido.

La chilena bajó los hombros.

—¿No le interesa el puesto? —le preguntó, más triste que hace dos minutos.

—No es eso —negó Laura, y entonces decidió, con el dolor de su alma, mentir—. Es que ya he conseguido otro empleo.

Apretó los dientes. No estaba orgullosa. Pudo escuchar en su interior la voz de su padre regañándola, pero no tenía opción. No podía aceptar la propuesta de esa amable chilena, si bien nada tenía que ver con la naturaleza misma del trabajo ofrecido o con el hecho de que no hubiese mucha vinculación con sus habilidades más desarrolladas. Trabajo es trabajo y siempre es digno; en cualquier otra circunstancia lo habría tomado sin dudar. El problema era uno y uno solo: el salario.

Su madre, institutriz con décadas de experiencia, jamás había recibido más de seis libras al mes, y eso que su empleador era un aristócrata muy generoso y sensato. Simplemente, los servicios educativos en cualquier lugar del mundo no se consideraban de igual valía que la *expertise* en leyes, enfermedades o barcos, sin contar con que los beneficios colaterales —vivir y comer en la casa del patrón, por ejemplo— nunca se daban por sentados, sino que se restaban de la paga mensual. Instruir niños era un oficio noble pero escuálido en retribución metálica y ese era, lamentablemente, el más apremiante objetivo de Laura en el futuro inmediato.

Unas malditas treinta libras.

—Creí que recién había comenzado su búsqueda...

—He entregado todos mis antecedentes al cónsul Gauthier hace unos minutos —le explicó, y eso era cierto—. Ahora estoy justamente a la espera de que sea confirmada mi incorporación al equipo del naturalista Claude Gay.

Pero eso no lo era. Era más bien la verbalización de un deseo. Una expectativa que pendía de un hilo. Como fuera, prefería estirar la veracidad de los hechos antes de cometer el cuestionable y muy malagradecido acto de rechazar un trabajo por su paga.

—Me he ilusionado en vano. Le pido disculpas.

—Discúlpeme usted a mí —se lamentó Laura. La señora Fontanarrosa asintió levemente, cordial, lo que hacía que la británica se sintiese aún más culpable—. Piense que igualmente

no le habría sido de mucha utilidad. Me quedaré en Valparaíso poco más de tres meses y retomaré mis labores en el *Beagle* a principios de noviembre.

—Eso no habría sido problema, para nada. Yo tampoco podría asegurarle algo más que un puesto temporal. La baronesa tiene planes bien particulares respecto del futuro de las niñas, además de que no sabemos cuáles serán las directrices del nuevo barón... Bien podría querer venderlo todo y regresar a Inglaterra, tal vez quedarse en Chile... Buscamos llenar el puesto para hacer frente a lo inmediato, aunque no es lord John quien me preocupa —le confidenció, prosiguiendo en un murmullo—, sino su madre, lady Blais-Rothschild.

—¿Qué sucede con ella?

—Tiene un carácter muy... especial. Revisará cada esquina de la hacienda, lo preveo. Nunca estaremos lo suficientemente listos, es muy exigente. Jamás aceptaría que sus nietas estén desprovistas de institutriz o, que Dios no lo permita, estar al cuidado de una tutora que no sea británica, por ejemplo. Culpará de ello a la baronesa, y ella ya tiene suficiente dolor a cuestras.

Laura agradeció en silencio la confianza que esa mujer depositaba en ella, aun cuando no se conocían. La pobre ama de llaves debía de estar realmente atorada de angustia como para desahogarse con una desconocida de manera tan directa.

—De verdad lamento no haber sido de ayuda —le dijo Laura, sin poder esbozar una sonrisa—. Espero que encuentre muy pronto a la persona que busca.

—Lo espero también. Ya estamos contra el tiempo y...

—*Listen to me! PLEASE!*

El grito venía desde la oficina del cónsul británico. La señora Fontanarrosa giró y corrió de inmediato, y cinco segundos después Laura corrió tras ella. No supo por qué. Nada de lo que ahí ocurriera podría ser de su incumbencia y aun así sus pies se movieron, su cuerpo insistió en la dirección y su mente se calló para no pensar.

Al cruzar la puerta, la ilustradora se encontró con Alisa y Fedora arremolinadas tras el sillón, la señora Fontanarrosa de rodillas en el suelo y un muy joven dependiente petrificado en la esquina con el rostro aterrado. Acostada sobre la alfombra,

una mujer muy pálida de elegante vestido y tocado de perlas trataba de recuperar el aire. Parecía a punto de desmayarse. Tenía su mano derecha sobre su frente, mientras con la izquierda sostenía su vientre abultado.

Vestía de negro.

—¡Agua! —pidió el ama de llaves al muchacho—. ¡Agua con miel!

—No, no se vaya —rogó la mujer embarazada, alzando su brazo—. ¡Tiene que escucharme! ¡Se lo pido!

—Por favor, baronesa, ya le he explicado —se defendió él, muy nervioso, sin atreverse a acercarse un centímetro hacia ella—. Cuando el cónsul Walpole regrese, le notificaremos de su petición y entonces quizá...

—¡Debe ayudarme ahora! —rogó otra vez, con el rostro marcado por las lágrimas.

La señora Fontanarrosa la tomó del cuello para que se reincorporase un poco e intentó arrullarla como a un niño.

—¿Y el agua? —mandó al dependiente, quien por fin movió los pies—. ¡Vaya por ella, YA!

Sentirse inútil en un momento de crisis era la peor sensación del mundo, así que Laura decidió pronto que su lugar de acción estaba con las niñas. Se acercó a ellas, quienes lloraban silenciosamente por la escena, y ambas abrazaron a la joven, escondiendo sus rostros en su vestido. Desde el otro lado de la sala de espera, la vetusta chilena la miró y moduló un “gracias” lleno de conmoción. La británica no sabía qué diablos estaba sucediendo, pero no había duda de que la baronesa Rothschild estaba ahí por un motivo muchísimo más importante que encontrar a una simple institutriz.

—¿Señorita Villa-Smith? ¿Señorita Villa-Smith?

Gracias a que la puerta quedó abierta, pudo escuchar con claridad la voz que la llamaba desde el pasillo. El corazón le dio un vuelco.

Deshizo el abrazo de las niñas, les prometió que regresaría pronto y, pidiendo ayuda una vez más a las gastadas suelas de sus botines de cuero, se apresuró hasta el umbral de la oficina francesa. El secretario del cónsul parecía fastidiado por los treinta segundos que debió esperar, al tiempo que ella lucía

contrariada por haber corrido y no caminado lentamente, como el manual de decoro se lo exigía.

—Aquí estoy —dijo Laura, recuperando el aliento—. ¿Ya hay novedad? ¿Cuándo podré ver a *monsieur* Gay?

Él le devolvió la carta.

—El cónsul Gauthier manda a decir que valora su ímpetu y le desea suerte en sus distracciones.

La joven no se movió. No pestañeó.

—Disculpe, creo que no he comprendido...

Él se fastidió el doble.

—Le pido que por favor se retire para que así yo pueda continuar con mis labores.

Laura seguía sin moverse.

—¿Quiere decir que no se considerará mi petición?

—No podemos molestar a Claude Gay con este tipo de nimiedades. Él es una eminencia y un servidor del Estado chileno.

—Lo que menos quiero es molestarlo. Al contrario, ¡estoy aquí para ofrecerle mi ayuda!

El tipo llevó una mano a su boca para esconder la risa.

—Estamos seguros de que ya cuenta con suficientes expertos a su disposición.

—En cuanto a ilustración botánica nunca son suficientes —explicó ella, ansiosa—. En el *Beagle* somos tres personas dibujando y aun así no damos abasto para...

—Apreciamos su interés. Quizá pueda volver a intentarlo más adelante.

—Pero el empleo lo necesito *ahora* —insistió—. ¿Seguro que el cónsul revisó bien la carta? ¿La firma del señor Charles Darwin?

—Se consideraron todos sus antecedentes, señorita. La decisión es que *monsieur* Gay no necesita de sus servicios.

—¡Pero eso debe decidirlo él! —exclamó, desolada. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Estoy segura de que él querría evaluar mi trabajo en primera instancia, y solo entonces...

El secretario se cruzó de brazos. Había perdido la paciencia.

—Escúcheme. Debería agradecer que no haya sido el cónsul mismo quien la ponga en su lugar. Ha sido benevolente.

Muchos considerarían que lo que ha hecho usted hoy aquí es una imprudencia, al menos una desfachatez.

—¿Es una... *desfachatez*... buscar empleo? —se defendió ella con un hilo de voz, sintiendo sus palpitaciones golpeándole el pecho.

—Lo es si insiste en un rol que no le corresponde —cerró, y luego, incómodo por el inminente llanto que presenciaria, prefirió escapar—, así que guarde silencio, obedezca y retírese. Considere esto como un favor. Le hemos ahorrado un desagradable rechazo.

Al dejarla sola en el pasillo, Laura bajó el mentón y tres o más goterones cayeron sobre la carta que aún sostenía en sus manos temblorosas. Las lágrimas desordenaron la tinta de la elegante letra manuscrita de Darwin, justo en la parte donde decía “extraordinaria memoria visual”, “hábil intérprete con el trazo” y “recomendada adición a cualquier equipo naturalista”...

Se le cerró la garganta. Sintió miedo.

Recordó las ilusiones de su padre y las expectativas de su madre, quien había dispuesto de todos sus ahorros antes de morir para que su hija pudiese integrarse a una vanguardista expedición. Recordó que no había comido en todo el día, pues gastó su último chelín en la carreta que la trajo desde el muelle hasta calle Esperanza. Recordó la angustia en su estómago cuando el capitán Fitz-Roy, hacía unas semanas, comunicó que la impensada extensión del viaje había agotado los últimos recursos disponibles y eso significaba, sin excepciones de ningún tipo, que todos los científicos a bordo debían volver a costear su plaza en el *Beagle* si querían continuar. Salvo un par de asistentes de segundo rango, todos los profesionales de las distintas ramas tenían reservas propias o familiares a las que recurrir en caso de emergencia. Todos, salvo ella.

Casi tres años después de zarpar desde Plymouth, tres años de la más increíble travesía, ese no podía ser el fin... ¿o sí? Arrugó lentamente la carta de recomendación y la encerró en su puño. ¿Cómo diablos iba a conseguir treinta libras en tres meses?

Algunos susurros despertaron sus sentidos. Susurros al final del pasillo.

Levantó la mirada. Se secó la cara de un manotazo. Tomó el borde de su vestido, acortó en zancadas su distancia hasta el ventanal y asíó como pudo su bolso de viaje. Entonces corrió.

En la sala de espera del consulado británico, la baronesa viuda Karina Rothschild tomaba agua con miel a pequeños sorbos, sentada en el sillón con sus hijas abrazándola a cada lado. Más cerca de la puerta de salida, el dependiente y la señora Fontanarrosa parecían haber concluido una fuerte discusión, pues él terminó asintiendo de mala gana y perdiéndose de vuelta a su oficina. En ese minuto entró Laura.

En un gesto al borde de lo impropio, pero ya sin mucho que perder, Laura Villa-Smith tomó el hombro de la chilena para hacerla voltear. Ella se sorprendió.

—Treinta libras —pronunció la joven, sin respirar.

—¿Qué dice?

—Aceptaré su propuesta por treinta libras.

El ama de llaves notó que la británica había estado llorando.

—¡Treinta! —exclamó, abriendo los ojos al máximo—. Es imposible.

Laura se sentía avergonzada, pero no se detuvo.

—Sé que es mucho, pero es exactamente lo que necesito para continuar mi viaje, ni un penique más —le aseguró, lo más convincente que logró sonar—. Seré un ejemplo de institutriz. Seguiré sus instrucciones al pie de la letra y podrá contar conmigo en cualquier tarea que requiera. Obtendrá en mí a una aliada.

Si algo Laura sabía muy bien es que en las casas británicas el salario del personal de servicio lo administraba el mayordomo o, en su defecto, el ama de llaves, quienes para efectos prácticos eran la misma autoridad invisible. Si el ama acordaba un monto, su palabra era ley.

Marta Fontanarrosa lo pensó un minuto, nerviosa, moviendo las llaves que colgaban de su *châtelaine* en un acto reflejo. Miró a lo lejos a su patrona, quien parecía somnolienta y con la mirada perdida.

Finalmente asintió.

—Estamos desesperados, no lo negaré. La baronesa seguro entenderá —suspiró. Tomó entre sus manos el rostro hinchado de Laura y le sonrió—. Bienvenida a la Hacienda Bluebells.

La ilustradora le sonrió de vuelta, derramando su última lágrima. Quizá sí era, después de todo, su día de suerte.